

Roberto Friol, el Gordo Insurgente (Remembranzas de los ochenta en la Biblioteca Nacional de Cuba)

Remembrance of the eighties at the National Library of Cuba

Luis Ángel Argüelles Espinosa*

A mediados de 1977 llegué a la Biblioteca Nacional de Cuba, lugar de asistencia obligada de investigadores, profesores y estudiantes universitarios. La Biblioteca se encuentra enclavada en la famosa Plaza de la Revolución, por lo que “el vecindario —como gustaba decir el historiador cubano Julio Le Riverend—, no puede ser mejor”. En efecto, los edificios aledaños son sedes de importantes instituciones cubanas como el Comité Central del Partido Comunista de Cuba, el Ministerio del Interior, el Ministerio de la Fuerzas Armadas, el Ministerio de Comunicaciones y la antigua Junta Central de Planificación. En la Biblioteca Nacional me formé como investigador y, a principios de los ochenta, pasé a formar parte del colectivo de estudiosos y aprendí mucho de los investigadores ya consagrados que allí laboraban: Zoila Lapique Becali, Octavio Smith, Guillermo Sánchez, Alberto Muguercia, Ramón de Armas y Roberto Friol¹, a quien van dedicados estos apuntes.

Lamentablemente, me enteré de su fallecimiento (acaecido en el 2010), mucho tiempo después de haber ocurrido. La razón es que ya no me encontraba en Cuba, pues a partir de 1996 radico en la ciudad de Puebla (la tierra natal de mi madre mexicana, motivo por el cual en Cuba algunos me decían “El mexicano”, entre ellos el propio Friol). Como conservo tanto recuerdos de él como algunas notas o apuntes suyos de ocasión (recados o avisos) estimo oportunos compartirlos con los lectores de modo que,

De Política, REVISTA DE LA ASOCIACIÓN MEXICANA DE CIENCIAS POLÍTICAS / Año 2, núm. 2, enero-junio de 2014. pp. 167-186.

* Maestro en Historia Económica, profesor de Universidad de las Américas Puebla, UPAEP, BUAP.

¹ Con posterioridad, se incorporaron Walterio Carbonell, José Antonio García Molina y Patricio Bosch Quidiello (hijo del ex presidente dominicano Juan Bosch).

al tiempo, de exponer aspectos de la personalidad de este escritor cubano, sirvan como un homenaje personal en su memoria. Como se observará, la mayoría de estas notas de ocasión están escritas en rima y son un tipo de cuarteta o redondilla (o mezcla de ambas) hechas al momento, sin pulirlas, pero que, aún así, son reveladoras de su agudeza poética. Como éramos compañeros de trabajo, en distintas ocasiones él iba a mi escritorio (buró en Cuba) y, si no me encontraba, me dejaba una nota rimada. Gracias a que conservé estas notas (esa manía de los investigadores de guardar papeles) hoy puedo compartirlas con los interesados en esta lectura.

Friol era (al menos, cuando lo conocí, principios de los ochenta) una persona muy introvertida, pero, como suele suceder en estos casos, cuando uno penetraba en su estrecho círculo de amistad, podía contar con todo su apoyo. Si bien era creyente (sus textos literarios así lo atestiguan), no gustaba de hablar de este tema con los demás. Alguna vez me comentó, ante una pregunta mía sobre su religiosidad, que en cuanto la existencia de Dios él seguía el consejo de un antiguo profesor suyo que decía a sus alumnos que este no era un tema de debate, sino que era algo muy personal, pues según dicho maestro “si Dios existe, aunque todo el mundo diga que no existe, él existe y, a la inversa, si Dios no existe, aunque todo el mundo diga que existe, no existe”. Si bien le correspondió vivir tiempos difíciles (lo es cuando se viene de cuna humilde y se quiere abrir paso en su medio y dejar huella para la posteridad) supo afrontar e imponerse a los problemas y adversidades de la vida. Fue un caso de resiliencia (entereza o constancia) como diría la psicología positiva en la actualidad.

Era una persona extremadamente sensible, por lo que había que saberlo tratar. En cierta ocasión, me encontraba tarareando una canción española (y presumiblemente alterándola, pues soy malo para recordar las letras de las canciones y aún peor para cantar) y me encuentro con Friol en un pasillo de la Biblioteca Nacional y, en broma, le repito la parte que estaba cantando que decía así: “Quítate la caretilla para mirarme frente a frente/ que ha llegado el momentito de decirnos la verdad”. Hasta donde recuerdo, él se alejó rápidamente de mí y horas más tarde encuentro en mi escritorio una nota suya (que aún conservo) y que llevaba el título siguiente: Para Argüelles, “Quítate la caretilla” En el texto escribió:

Como no uso caretilla
No sé qué me he de quitar
Mi lealtad es como el mar,

Ancha, profunda y sencilla
La mexicana puntilla
Que Ud. me quiso clavar
Se la devuelvo sin dar
Sin darme por ofendido
Porque siempre lo he querido
Pues Ud. es de fiar

R. Friol (rúbrica)

Aprendí la lección y desde entonces me comporté mucho más prudente a la hora de dialogar con él. Años más tarde, ya estando en México, escuché un audio libro (titulado *Los cuatro acuerdos, sabiduría tolteca*, cuyo autor es Miguel Ángel Ruiz) y los primeros dos acuerdos o principios se vinculan directamente con el incidente antes relatado. El primer acuerdo nos aconseja lo siguiente: “Sé impecable con tus palabras: usa el poder de la palabra para la verdad y el amor, evita usar tu palabra para hablar en contra tuya o de los demás, no la uses para el chisme”. Por su parte, el segundo acuerdo postula que “no tomes nada en forma personal: nada de lo que otros hacen es por ti. Cuando estés inmune de la opinión de los otros, no serás víctima de un sufrimiento innecesario” Luego, Argüelles olvidó el primer acuerdo; Friol, el segundo. Los olvidos, como los errores, acarrearán sus resultados².

Debido a la estrecha relación de trabajo, ambos tuvimos una buena comunicación y los afectos eran mutuos. Algunas notas conservadas dan testimonio de dichos afectos. En una de ellas, relata las andanzas o aventuras que tuvo que realizar para conseguirme un par de zapatos (en aquellos años, era muy difícil conseguir calzado en la Isla, y no sólo calzado). La nota dice así:

Diez pesos costaron estos zapatos
Zapatos que habrás de usar
Nada me tienes que dar,
Pues si los tienes bien puestos
-los [palabra no legible], y si enhiestos

² Los otros dos acuerdos son los siguientes: el tercero: “no hagas suposiciones: no supongas, comunícate con los demás lo más claro que puedas para que evites malentendidos, tristeza y drama”. El cuarto: “haz siempre lo mejor. haz siempre lo mejor y lo máximo que puedas bajo cualquier circunstancia. de esta forma evitas juzgarte a ti mismo, abusar de ti y arrepentirte”. Si se observaran estos cuatro acuerdos, se evitarían muchos problemas y seríamos mucho más felices.

Para lucir y gozar
Los haces pulimentar
Hasta darles lozanía
Recuerda siempre este día
La “cola”³ me hizo bramar
¡Qué cola! ¡Qué chusmería!
¡Qué agitada gusanera!
¡Ojalá nunca yo viera!
Ni escuchase esa sombría
Verdad de la Habana mía
Sin escudo y sin bandera

En otra ocasión, yo le obsequié una pluma o bolígrafo, pues había comprado dos (una para mí y otra para él). Conocía que él hacía todo manuscrito (bien a pluma o a lápiz, pues no recuerdo que utilizara la máquina de escribir, al menos en el centro de trabajo). Así que pluma y lápiz eran instrumentos de trabajo imprescindibles para la labor de los investigadores. Un día llegué a mi escritorio y me encuentro con la nota siguiente reveladora de su personalidad:

Estimado Argüellesón: Me sentiría muy mal si conservara esta pluma que, con la otra que compraste para tu uso– y al mismo tiempo no creo que lo tomes como un desaire, pues no lo es: al contrario. Este gesto demuestra la confianza y estimación que te tengo. Quiero que lo veas así –Ponte en mi lugar y verás que me es de más alegría que la uses tú –y no yo– que no la podría usar sin remordimiento– Un abrazo. Friol (rúbrica).

En verdad, en ese momento tomé esa acción como un tipo de desaire o descortesía, pues no concebía que una persona que me regala zapatos y me corregía mis escritos (como se verá más adelante) no pudiera aceptar una simple pluma. Pasados los años, entiendo que existen personas que se regocijan con dar (“el alma vive de darse”, dijo José Martí) más que por recibir.

³ Es de suponer que Friol estaba caminando por la calle y tuvo la inmensa suerte de encontrar una tienda comercial (estatal, pues no existía iniciativa privada o particular por entonces) que estaba vendiendo zapatos de hombre. Como eso era algo especial (más bien, inaudito) enseguida se formó una cola o fila de personas que requerían de este producto, bien para ellos, bien para familiares o personas cercanas.

En realidad, el historiador Ramón de Armas (a quien me unió una entrañable amistad) era el jefe del departamento de los investigadores, pero por razones de viajes al exterior o de enfermedad (padecía del corazón, y esa fue la causa de su fallecimiento años después) el que escribe se encargaba de los asuntos administrativos en su ausencia. Debido a esta situación, es que conservo algunas notas manuscritas de Roberto Friol donde me informaba de sus movimientos laborales, pues necesariamente debía ausentarse de la Biblioteca Nacional para recabar información para sus proyectos de trabajo. En uno de esos apuntes, fechado el 14 de mayo de 1983, él me decía:

Querido Argüelles:

He llegado a esta conclusión nomenclatural. Ramón es nuestro jefe total (caro Jefe total), Argüelles es nuestro jefe matinal (caro Jefe matinal). Entonces, las noticias del matutino (pues por la mañana, él no está) hay que dárselas a Argüelles.

Zoila Lapique, cara Zoila, llamóme ayer por teléfono— para informarme que el Máster Director [Julio Le Riverend, nota de Argüelles] estuvo a buscarme pues había venido Mr. Jean Lamore [estudioso francés de la cultura cubana, en especial de la obra de José Martí, nota de Argüelles] que ha traducido al francés a Cecilia Valdés [novela escrita por el cubano Cirilo Villaverde, a quien Friol le dedicó muchos años de estudio, nota de Argüelles]. Quería el Dr. Le Riverend [por entonces, director de la Biblioteca Nacional] que se le evacuase una consulta. Madame Lapique extravió el teléfono de la Habana Libre [hotel donde se hospedaba Lamore, nota de Argüelles], el número de la habitación, etc.— y me instó a que lo llamase anoche, cosa que como le expliqué no podía hacer. Hoy —ahora— me encamino al hotel a ver si lo puedo ver— pues Teresa [posiblemente, se refiera a la referencista martiana Teresa Proenza, nota de Argüelles] me informa que Mr. Lamore va a estar sólo una semana en Cuba invitado por Hart [se refiere a Armando Hart, por entonces Ministro de Cultura de Cuba, nota de Argüelles]. En fin, os informo —mi caro jefe matutino—. ¿Y tú niño?

El Gordo Insurgente

De esta nota, quisiera destacar, al menos, tres cosas. En primer lugar, su sentido de responsabilidad. Siempre me informaba oralmente de sus salidas fuera de la Biblioteca Nacional y, en caso de que no estuviera, me dejaba sus notas de aviso. En segundo lugar, su preocupación por mi hijo, pues,

si mal no recuerdo, en esos momentos habían operado al más pequeño de mis dos descendientes. En tercer y último lugar su peculiar sentido autocrítico. Al firmar como “El Gordo Insurgente” estaba admitiendo tanto su distintiva figura obesa como su ocasional temperamento irascible.

Por otro lado, debo confesar que tanto Ramón de Armas como el que escribe abusábamos de su paciencia y generosidad y le dábamos a revisar los artículos breves que escribíamos para publicar en distintas revistas de aquellos tiempos. De este trabajo de revisión, conservo constancia escrita y creo que vale la pena exponerla pues, al tiempo de que es un testimonio de su labor altruista, ofrece distintos consejos que las personas que redactan deben tomar en cuenta. Son dos notas: una dirigida a Ramón de Armas y otra a mí. La de Ramón dice así:

Querido y muy querido Ramón: Como lo quiero, no puedo mentirle. Tengo varios puntos de reparo al artículo. Está escrito como en un galope no glorioso. Estoy en desacuerdo grande con su abuso de - - [es decir, los guiones o rayas, nota de Argüelles] es casi una enfermedad estilística, hasta un “sin embargo” (p.16) lo somete, sin que haya por qué a esta prisión. El lector le va a agradecer que evite esas detenciones abusivas. Por lo que veo, la prosa de los historiadores en general y mi sentido de la prosa no se llevan muy bien. Este “galope”, ese exponer como a borbotones, con alguna palabra que recuerda a Marinello [se refiere al político y escritor cubano Juan Marinello, estudioso de la obra de José Martí, nota de Argüelles]- ahondadora- es como un frenesí por llegar al final, saltando por encima de la buena medida de la sintaxis, de los grupos fónicos. Como entre historiadores anda el juego, se sentirá Ud. muy asombrado de los reparos del no-historiador (Friol); pero si los historiadores cuidaran más su prosa (y la suya es de las mejores dentro del gremio); si no se obstinaban en usar el Potencial Simple de un modo poco frecuente en el castellano de tantos siglos; si huyeran del que (que,) que (3 seguidos adrede) lleva al queísmo; si vedaran en lo posible esa prodigalidad facilona de los adverbios terminados en mente (sic), una manera muy cómoda de darle impulsión al párrafo, pero al mismo tiempo, un modo seguro de empobrecerlo, pienso que los lectores se lo agradecerían. Con sonrojo le manifiesto lo siguiente: el artículo, aunque sea para Bohemia [una revista semanal cubana de divulgación, no especializada, nota de Argüelles] necesita mayor profundidad y reflexión, sin que quiera tacharlo de trivial, adocenado. Ud. lo puede hacer mejor. Hágalo.

Su Friol (rúbrica)

Posterior a estas observaciones, en hoja aparte, vienen algunas otras correcciones de Friol, al texto de Ramón. . Estas correcciones se refieren a páginas específicas del material, Así escribió: “p.2- la porción norte, p.3- hombre del Norte, p.4 vecino del Norte”. Como se observa, Ramón, al igual que muchos de los historiadores cubanos, utilizaba mucho el vocablo “norte” para referirse a los Estados Unidos de América. Para Friol, este modo de buscar sinónimos para no repetir el nombre del país era, como el mismo escribió “inadmisibles por su inexactitud” y pone al lado entre llaves los nombres de los tres países que integran la zona norte de América (Canadá, E.U. y México) como para subrayar que no solo Estados Unidos es el norte.

Conservo otra nota manuscrita de Friol donde me hace unas observaciones críticas en torno a un artículo que le entregué para su corrección. Existen puntos comunes con el anterior, pero la novedad de dicha nota es que está redactada en jocosa rima popular. El encabezado de esta peculiar composición dice así: Para el otro “divino Argüelles”⁴

Como siempre, lo que es tuyo
Lo leo con gran afán;
Pero, compadre, ¿querrán
Enloquecerme el tayuyo
Con tanta “mente”? Sí, intuyo
Que quiere hacerme rabiar
El clan del investigar
Del galopar estruendoso,
Sin darle nunca reposo
Al “mente” que ya es un mar.
Déjalo así, mexicano,
Déjalo así, bigotico⁵,
No estés de saltaperico
Cambiando el mango en banano
Reténlo todo en tu mano
Que el “mente” será jardín;
Pero te advierto (¡chirrín!)

⁴ Friol conocía la figura del abogado, político y diplomático español Agustín de Argüelles Álvarez González. (1776-1844) apodado “El divino” por su deslumbrante oratoria durante las Cortes de Cádiz. Es por ello que, en algunas ocasiones, y como llevo el mismo apellido del personaje español, me llamaba de cariñoso también “El Divino”. Así se explica que empleara en el encabezado “Para el otro ‘divino Argüelles’”.

⁵ Desde entonces, tenía un pequeño bigote, por eso, se explica lo de “bigotico”

Que más nunca lo señalo
Pues aunque halo y más halo
El “mente” no tiene fin
Friol (Rúbrica)

En cierta ocasión, Friol me hizo el comentario siguiente: “no entiendo por qué los historiadores abusan tanto de los adverbios terminados en “mente”. Rápido le contesté: “Maestro, la respuesta es muy sencilla: se presume de lo que se carece”. Al menos, logré sacarle una ligera sonrisa.

En otro momento, fui a visitarlo a casa y me dio mucha pena en las condiciones en que vivía. Su pequeño departamento, enclavado en el centro de La Habana, se estaba cayendo. Estaba todo apuntalado con postes de madera que apenas podían sostener el techo. Tenía libros por toda la casa; es más, las hileras de libros impedían ver las paredes. Vivía, con una de sus hermanas, en la calle Peñalver, la cual, como la mayor parte de las calles habaneras de entonces, se encontraba sucia en extremo. En limpieza, La Habana se asemeja mucho al Distrito Federal mexicano de los malos tiempos: ambos lugares poseen una buena cantidad de Detritus Fecales (para algunos, esta última expresión es el significado real de las siglas D.F.) Un día me atreví a decirle: “Maestro, ya tengo el estribillo para la guaracha que quiero componer en honor a su calle. Dice así: “La calle de Peñalver, es calle pa’ no volver”. ¿Por qué estaban sucias las calles de La Habana? No es porque no existieran personas para esa labor, sino por el exiguo salario que pagaban. Lo que se recibía de salario por ese tipo de trabajo, cualquier persona se lo podía buscar “cambalacheando” (revendiendo artículos) y sin tener que cumplir con un horario determinado. La población no es masoquista, los individuos sí.

Acaso esta sugerencia mía sobre la calle de Peñalver haya motivado que Friol concibiera una guaracha sobre esta calle habanera. También es posible que la haya concebido desde antes. El hecho cierto es que conservo una nota suya dirigida a Alberto Muguercia (musicólogo y quien formaba parte del equipo de los investigadores de la Biblioteca Nacional) donde Friol escribe: “Maestro Muguercia: A mi bobería, le hice una enmienda. Allá le va; perdóneme la lata de amigo”. Y en hoja aparte, escribe la letra de la canción que transcribimos a continuación:

Pepe el Bodeguero
(guaracha) Roberto Friol
En la calle Peñalver
Vivía Pepe el bodeguero,

Era español y don Juan,
Ladino y aventurero.
Pepe, Pepe

No había mujer en el barrio
A quien Pepe no asediara
Y más de una cedió
A su plata y a su labia
Pepe, Pepe

En el barrio se mudó
Una muy robusta dama
Y aunque tenía marido
Pepe comenzó a rondarla
Pepe, Pepe

Y tanto la enamoró
Que al fin claudicó la dama
Y dinero le pidió
A Pepe por sus diez gracias

Pepe, Pepe
Una sorpresa te aguarda
Pepe, Pepe
Una sorpresa te aguarda

Cuando Pepe descubrió
Que la dama estaba loca
Salió huyendo y no paró
Y hasta le dejó el dinero
Pepe, Pepe

Pepe,
Ya nunca podrás gozar
Del amor de aquel lucero
Pepe.
Ya nunca podrás burlar
Al marido lastimero,
Pepe, Pepe,
¡Pepe!

Muy posiblemente el tema de esta peculiar guaracha está basado en una historia real ocurrida en esa barriada habanera donde él vivía y que conocía bien, pues los bodegueros (así como los carniceros) son personas singulares en esos ámbitos y su solvencia económica los hace ser tanto lascivos con las mujeres (con todas quieren tener relaciones) como también, a la inversa, ser apetecibles o codiciados por distintas mujeres que están sin maridos o que desean mejorar su nivel económico. Toda una línea de investigación sociológica (a ver quién se anima).

Como el equipo de investigadores de entonces (años 80) estaba conformado en su mayoría por personas de edad avanzada, era lógico que se presentaran ausencias por enfermedades. Ya las agendas personales iban cambiando: de visitas recreativas o de esparcimientos a visitas médicas o ingresos hospitalarios (provisionales o permanentes). El más débil de salud era el poeta y crítico literario Octavio Smith que a sus cincuenta y tantos años se encontraba muy avejentado y parecía de setenta. Por cierto, él también debió de leer (y de sufrir) con las lecturas de los textos de los historiadores (en especial, de las mías). También nuestro jefe (Ramón de Armas) debía ausentarse por motivos de salud. Realmente, Friol gozaba de buena salud y no recuerdo ausencias de él por razones médicas. El hecho es que un día llego a mi escritorio y me encuentro unas notas manuscritas tuyas que aludían a la presencia de las enfermedades en nuestro equipo de trabajo. La composición, titulada, La Salación del Departamento dice así:

Poco a poco. Caballeros;
¡Que no se caiga el dinero!
Ante esta desolación

Hay aquí una salación
En este Departamento
Que parece un hospital
Pues nunca falta un enfermo

La próstata, los pulmones,
El corazón, los riñones,
La ciática, las pupilas,
(Conjuntivitis), la boca,
Y regiones terminales
Con venas de luz fatales

Sin contar los accidentes
Las caídas, malos gestos
Que hacen de los tendones
Cuerdas de violín crujientes
En fin, que esta salación
Hay que enfrentarla resueltos
O emigrar o quedar tiesos
Ante su radio de acción
Como ya no fabrican esencias de espiritistas
(Espíritu vencedor, Siete potencias), que espantan
Los espíritus oscuros
Y las salaciones tantas,
Un gran despojo es preciso
Con yerbas y solo yerbas
Para librarnos de ella:
Albahaca, paraíso,
Quitamaldición, verbena
Romerillo, abrecaminos
Mejorana y yerbabuena
¿Se ríen? Pues ya sabrán:
Aunque el poema sea malo
La salación es bien cierta
¡A correr y a comprar yerbas
Y a despojarnos hermanos!

Friol era muy disciplinado y siempre llegaba muy temprano al centro laboral. Por razones de trabajo, en particular para localizar información para sus estudios, debía salir fuera de la Biblioteca Nacional, pero le preocupaba mucho que se pensara que estaba en la calle realizando otras labores ajenas al trabajo. Por eso, en mi condición de sustituto del jefe del departamento, siempre me avisaba verbalmente de sus salidas, y si no me encontraba, me dejaba una nota manuscrita. Entre mis papeles, conservo aún algunas de estas notas. En la primera de ellas, con fecha del 8 de noviembre de 1983, tituló su aviso “A Mi Segundo Guapachá”⁶

⁶ Guapachá está utilizado en sustitución de Jefe. Es una expresión utilizada en el lenguaje popular cubano.

El espíritu errabundo
Tomó posesión de mí-
Voy a la casa de Uribe
El sastre de mi Cecilia Valdés
a otros lugares
Voy, pregúntale a Tomasi⁷,
Y si me ven por las calles,
Claro que investigo allí

En otra de sus notas, fechada el 25 de enero de 1984, escribió lo que sigue:

Si por demora de tantos
No llego vivo a aquel punto
Prometo que de difunto
He de venir a sonaros
Estoy fuera de la ley
Como declaró Patricio
Digo-fuera del mamey
Emplazado como un vicio
Cincuenta y seis no es cuarenta,
Aunque haya Friol para rato,
Sería el gran mentecato
Si apurarme no supiera
En fin, estas redondillas,
Cuartetas, o lo que sean,
Solo expresan una idea:
Dadme helado de vainilla

Para comprender mejor este humorístico texto, habría que decir que días antes, en una conversación informal que sostuvimos en nuestro Departamento, Patricio Bosch le manifestó a Friol delante de mí, no recuerdo exactamente el motivo, que se encontraba “fuera de la ley”, algo que a Roberto no le hizo ninguna gracia en ese momento. Pasados unos días, Friol ya digiere el señalamiento y se mofa de la expresión “boschiana”. En otra de sus notas, fechada el 26 de diciembre de 1985, Friol me escribió lo siguiente:

⁷ Se la memoria no me falla, está aludiendo a un compañero nuestro, al que llamábamos “Tomasito” (Tomás Fernández Robaina).

No me busquen en La Casa
Ni tampoco en La Archivina
Voy a trabajar en donde
La inspiración se duplica
Pues necesito acabar
Con lo estéril de mi mina.

En ocasiones, cuando Friol tenía que presentar algún texto para publicar (bien en alguna revista o en la editorial) se le daba tiempo para que lo terminara, ya en su casa o en otro lugar que no fuera la biblioteca para así evitar interrupciones. En realidad, a veces (o mejor muchas veces) costaba trabajo poder concentrarse en la oficina, pues laboraban varias personas y, como también los investigadores atendían a los usuarios, las pláticas de estos últimos impedían la necesaria concentración para la creación intelectual. En su caso, Roberto acudía mucho al Archivo (Nacional) para consultar documentos y escribir, por eso en el texto anterior escribe “La Archivina”, recurso utilizado para referirse al Archivo Nacional.

En mi condición de sustituto del jefe del Departamento, debía revisar las tarjetas donde los investigadores marcaban sus horas de entradas o salidas. Para dicha marcación, existía un reloj checador (llamado popularmente el “samurai” pues sus heridas afectaban económicamente a los trabajadores) que no perdonaba las llegadas tardes o las salidas antes de hora. Si bien los investigadores teníamos ciertas concesiones en cuanto al horario de trabajo, debíamos cumplir con las normativas administrativas de la institución y, dentro de estas últimas, la tarjeta era algo sagrado. Roberto era muy celoso con su tarjeta y siempre le preocupaba que no estuviera debidamente firmada por los responsables del departamento. Entre mis papeles, conservo una nota suya donde me escribió:

Argüellesón, son, son,
Argüellesón, son, son,
El primero era sábado
Y el domingo era dos
Arréglalo, lo, lo
“Pasito adelante, varón”
Ah, y ayer ¡!!
Y hoy, que me voy
Y no volvoy

Tengo mucho
Trabajoy
En el archivo voy
Adióy
Y cuando bajéis
Por favoréis
Me bajaréis
La tarjetéis
Que hayéis
[...]
Adioséis

Post Data: Y mi tarjeta del mes pasado todavía estaba en el tarjetero.
¡Qué eficiencia!

En otra de sus notas relativas a la tarjeta de entradas y salidas, me escribe dos cuartetas donde, a la vez de recordarme la revisión de su tarjeta, se refiere a su trabajo de investigación:

Afina la puntería
-la de arriba y la de abajo-
Y marca no sin trabajo
La tarjeta que me guía
La voy pasando muy bien
Trabajando y trabajando
-sin berrinche- y a mi mando
Yo mismo hallo mi Edén.

En su condición de crítico e historiador de la literatura, Friol evacuaba distintas dudas y preguntas de los usuarios asistentes a la Biblioteca Nacional interesados en esos temas. Asimismo, también daba asesoría a las catalogadoras y clasificadoras de la propia institución. En ocasiones, también se le pedía su opinión sobre los donativos hechos a la Biblioteca. Por cierto, en determinado momento le solicité su opinión sobre uno de estos donativos. En nota manuscrita que conservo me dice:

Querido Argüellesón: El volumen grande contiene las Poesías de Luisa Pérez de Zambrana, y lo menos que pueden hacer es mandar a encuadernarlo: es una poetisa valiosísima y casi todo o todo está

publicado. Habría que cotejarlo con la edición publicada de Ángel Huete. Ya vi todo lo demás, y copié lo que me convenía. Hasta la semana próxima. Gracias. Tu R. Friol”.

Por esa década de los ochenta, comenzaron las evaluaciones de los investigadores de todo el país para ubicarlos en sus respectivas categorías científicas y así poder otorgarles un salario de acuerdo al nivel alcanzado. Hasta donde recuerdo, había cuatro categorías: aspirante a investigador, investigador agregado, investigador auxiliar e investigador titular.

El propósito o finalidad de la evaluación era inobjetable; los medios para su implementación bastante cuestionables. Ante todo, porque los investigadores debían cumplir un conjunto de requisitos que eran muy difíciles de observar para las personas de edad avanzada como eran la participación en eventos científicos nacionales e internacionales, conocimiento de un idioma extranjero y, sobre todo, el conocimiento y dominio de la filosofía marxista. Este último requisito era una especie de talón de Aquiles que hacía que excelentes investigadores no pudieran ostentar la máxima categoría científica. Para ellos, no sólo era un problema monetario, sino de prestigio.

Los investigadores más jóvenes (entre los cuales, el que escribe se encontraba) no tenían mayores problemas, pues en sus carreras, o en posgrados posteriores, habían recibido cursos de marxismo-leninismo. Por cierto, una observación personal. En mi caso (supongo que también el de otros, pero no me atrevería a generalizar) estudié la carrera de Historia en la Universidad de La Habana, entre los años de 1968 y 1972 y seguí el marxismo con fervor o devoción. El marxismo, cual nuevo positivismo, era una especie de mega relato que tenía explicación certera para todo: desde el origen del universo hasta el fin de la humanidad. Lo que no resolvía el materialismo dialéctico, lo resolvía el materialismo histórico o, en su defecto, la economía política. Era un tipo de tríada científicista. Todo era tan fácil como para ser cierto. Pero, en aquel tiempo, estábamos encantados tanto con el discurso teórico como con la realidad socialista y no pensábamos que la Europa del Este iba a desaparecer. Como diría un amigo mío, con posterioridad a aquellos idílicos años, el “socialismo real” fue tan real que devino “realístico” o monárquico.

Incluso, recuerdo que tuve un profesor ruso (apellidado Lukianchuk, que había llegado a la Universidad de La Habana por el intercambio académico) quien impartió un posgrado de Comunismo Científico. El profesor deslizaba algunas leves críticas en torno al socialismo de su

país vinculadas con el verticalismo o centralismo burocrático, la falta de participación ciudadana, etc., y ello nos parecía algo injusto de su parte, o al menos incomprensible. Era tanto nuestro encantamiento con el modelo soviético que nos resistíamos a que fuese criticado, aun viniendo de una persona conocedora de esa realidad. Hasta llegué a pensar que el profesor era un revisionista o un renegado del socialismo. Los alumnos éramos más “papistas” que el Papa. Como diría el filósofo rumano Cioran “a los jóvenes no los seduce la tolerancia”, sino más bien lo contrario. Con el derrumbe del socialismo europeo, me convencí de que Lukianchuk tenía mucha razón. Me pregunto ahora cuántas cosas debió callar ante sus alumnos-feligreses, o mejor feligreses-alumnos, pues presumo que no nos dijo todo lo que sabía y preveía.

Ya las nuevas generaciones de estudiantes cubanos (sobre todo, a partir de los años ochenta) no veían la materia de Marxismo del mismo modo que los estudiantes de las décadas anteriores (60 y 70). Hasta donde recuerdo ya los nuevos estudiantes universitarios llamaban la asignatura de Marxismo (imprescindible en los distintos planes de estudio de cualquier carrera) “Ciencia Ficción” pues lo que planteaba en teoría estaba alejado de la realidad cotidiana. Resulta evidente que una cosa es el objetivo de una política educativa; otra, los resultados alcanzados por dicha política. Por cierto, este ambiente cubano de excesiva copia al modelo soviético ha sido brillantemente resumido en la novela de Leonardo Padura titulada *El hombre que amaba a los perros*, obra de ficción que enseña mejor que cualquier libro de historia.

En cuanto a Friol, recuerdo que consiguió y estudió el texto de Konstantinov titulado *Fundamentos de filosofía marxista-leninista*, el cual constaba de dos tomos (uno dedicado al materialismo dialéctico y otro al materialismo histórico). Esta obra era la bibliografía básica para someterse al examen oral (realizado en determinadas instituciones como la Universidad de La Habana, Academia de Ciencias, entre otras) y demostrar así el dominio de la filosofía marxista. También recuerdo que, por entonces, los investigadores de edad avanzada de nuestro equipo de trabajo me comentaban que ellos habían realizado su obra intelectual sin el conocimiento del marxismo y que mala o buena ahí estaba. En esa evaluación de los investigadores, Friol no alcanzó la categoría de investigador titular, sino la anterior, la de investigador auxiliar. No logro acordarme ahora donde estuvo el obstáculo o impedimento para que no obtuviera la máxima categoría. Lo que sí recuerdo es que nuestro jefe de departamento (Ramón de Armas), al igual que otros jefes de

colectivos de investigadores, presentó un recurso de apelación para que se reconsideraran los casos de investigadores con edad avanzada y con obra intelectual que no podían cumplir con todos los requisitos de la evaluación, como era el caso precisamente de Friol. En realidad, estos recursos no prosperaron.

Como anécdota, diré que tuve la oportunidad por entonces de participar en una reunión de la Comisión Científica del Ministerio de Cultura (al cual la Biblioteca Nacional pertenecía) y pregunté si había respuesta a los recursos de apelación pues ya habían pasado varios años de la evaluación y la contestación fue que, en realidad, ya quedaban muy pocos casos pendientes en el Ministerio. Como todos los investigadores nos conocíamos, estaba consciente de que quedaban pocos casos, pues ya los demás habían fallecido por lo que respondí, con ironía, que debíamos aceptar entonces que el hecho biológico inevitable (la muerte) era la gran solucionadora de los problemas del personal científico del ministerio. Desde entonces, comprendí que la muerte no es sólo el término de una vida personal, sino que también puede significar el término de una problemática social. Acaso sea triste, pero es real.

Felizmente, Friol sobrevivió la década de los ochenta (en la cual se centran estos comentarios), pero no así compañeros suyos del Departamento que se encontraban en una situación semejante respecto a las categorías científicas como eran el poeta y crítico Octavio Smith, el historiador de artes plásticas Guillermo Sánchez Martínez y el musicólogo Alberto Muguercia. Finalmente, se hizo justicia en su caso, pues, con posterioridad, recibió el Premio Nacional de la Crítica en tres ocasiones (1987, 1991 y 1997) y en 1998 obtuvo el Premio Nacional de Literatura. Por mi parte, aunque no soy crítico literario, simplemente amante de la Historia, de lo que conocí tanto de su vida como de su creación literaria, comparto la opinión de [...] Roberto Quiñones Haces quien escribió que

su obra se apartaba totalmente del coloquialismo y de la poesía triunfalista y politizada que entonces eran predominantes y que su vida demostraría que fue una voz singular dentro del vasto panorama de la literatura cubana, ya que en medio del maremágnum revolucionario, del enfrentamiento oficialista a la religión y de la omnipresencia política en el arte y la literatura, Friol se mostró como un poeta preocupado por temas hondamente éticos, por la conciencia y evolución de su fe cristiana y por las esencias estéticas de la poesía, algo que se apartó entonces de la práctica al uso [...] quienes creemos en la poesía, se-

guimos viendo en él un paradigma, pues nos ha legado la certeza de que se puede vivir y escribir sin dobleces...”⁸

Es válido que los escritores puedan elegir cualquier tema y tratamiento temático (construcción del socialismo, futuro luminoso de la sociedad, hombre nuevo, etc.), pero lo que no resulta válido es que la política cultural de un país (o de una institución pública) privilegie, ya sea en forma de premios, reconocimientos o en ediciones, las obras por su contenido político-ideológico y no por su calidad literaria. Es como si se privilegiara la pintura figurativa a la abstracta o se le diera preeminencia a determinados temas pictóricos en detrimento de otros. Lo mismo podría decirse en el ámbito del deporte o la cultura: escoger a los representativos nacionales con base en sus lealtades políticas y no de sus capacidades o destrezas. En resumen, sin libertad no hay arte, deporte o cultura o democracia. Por supuesto, no es lo único, pero sin ella todo lo demás no cuenta.

Por otra parte, habría que admitir que los reconocimientos y premios otorgados a Friol, ya a fines de los ochenta, son muestras o expresiones de una flexibilidad de la política cultural cubana, al menos, a nivel de institución cultural (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba). Ello no hubiera sido posible en las décadas anteriores.

Ya estando en el Centro de Estudios Martianos (comencé a laborar allí hacia 1990), Friol fue a visitarme y me dejó una invitación formal de la Editorial Letras Cubanas (perteneciente al Instituto Cubano del Libro) donde se invitaba a que participara en “el homenaje que se le brindará al destacado poeta e investigador Roberto Friol”, actividad que se llevaría a cabo en el Palacio del Segundo Cabo, ubicado en la Habana Vieja, el día jueves 23 de mayo de 1992. Sin dudas, dicho homenaje era expresión de una determinada apertura cultural de los nuevos tiempos. Como de costumbre, al no encontrarme, en ese lugar (los investigadores del centro sólo teníamos que asistir físicamente una vez a la semana) me escribió una breve nota al dorso de la invitación que decía así:

Co. Luis Ángel Argüelles.
Centro de Estudios Martianos
Presente

⁸ Véase Roberto Jesús Quiñones Haces “El poeta del silencio” (publicado el 3 de abril de 2013, consultado el 23 de abril de 2014). Disponible en: <http://www.cubanet.org/articulos/el-poeta-del-silencio/>

Estés o no estés, ¡estás! Acabas de darme más suerte. Compré ahora mismo Cuba y México⁹ a precio increíble. ¡Cuatro pesos los dos tomos! Vale. Martes

En verdad, el precio de cuatro pesos cubanos (menos de 10 centavos de un dólar) estaba súper regalado. Como Friol gustaba de caminar (y así evitaba las congestiones de las guaguas cubanas) posiblemente fue caminado a la sede del Centro de Estudios Martianos (ubicada en Calzada y 4, Vedado, en la casona donde vivió el único hijo del prócer cubano José Martí) para dejar la invitación. Presumiblemente en el trayecto, compró estos dos tomos (por eso, dice que “acabas de darme más suerte”). Por entonces en los alrededores de la institución martiana existían varios espacios donde se vendían libros viejos o de uso (por ejemplo, a un costado del Teatro Mella o frente al cine Trianón, ambos lugares situados en la conocida calle Línea del Vedado). Por cierto, dadas las limitaciones materiales (falta de locales para la compra y venta de libros) y legales (no autorización para que las personas se dedicaran a esta actividad) era común que algunas personas se adueñaran de espacios públicos para la comercialización de sus libros. Era un comercio informal pero que respondía a las necesidades de la población (las pocas librerías del estado no eran suficientes, ni eran de fácil acceso para toda la población).

Por último, para concluir estas remembranzas, observo que preparándome para viajar a México desde Cuba (supongo que sería a principios de la década del noventa) me encuentro con Friol y le platico del viaje. Si mal no recuerdo, le pregunté si tenía algún material para publicar¹⁰ y me expresó que conservaba un texto inédito sobre una novela mexicana (*El fin del mundo* del escritor Esteban Maqueo Castellanos), el cual había elaborado algunos años atrás para que sirviera de prólogo a una nueva edición cubana¹¹, pero en ese entonces el proyecto editorial no llegó a

⁹ Se refiere a la edición mexicana de la obra titulada *Cuba y México. Dos pueblos unidos en la historia*, publicada en 1982 por el Centro de Investigación Científica Jorge L. Tamayo, A.C., que era dirigido por Martha López Portillo. Esta obra, en dos gruesos tomos, incluye una selección de artículos y documentos sobre los vínculos entre estos dos países y abarca desde principios del siglo XVI hasta la segunda mitad del siglo XX. El coordinador general de este proyecto fue Boris Rosen Jélomer y participaron tanto investigadores cubanos como mexicanos. El que escribe colaboró con dos ensayos en este libro. También Ramón de Armas escribió dos textos para este proyecto. Friol sabía que tanto yo como Ramón éramos colaboradores de esta obra y acaso ello lo haya motivado a su adquisición. Es costumbre generalizada leer a los amigos.

¹⁰ Para los autores cubanos el hecho de publicar fuera del país, al tiempo de enriquecer su curriculum, podría representar una entrada económica que mitigara las estrecheces cotidianas.

¹¹ Esta novela fue publicada inicialmente en La Habana en 1916, ya que por esos tiempos su autor

realizarse. Con gusto, recogí el prólogo de Friol y traté de que se editara en México, pero no se tuvo éxito. Aún conservo entre mis papeles su manuscrito mecanografiado. Acaso esa fue la última vez que conversé con Friol. Sirvan estos apuntes para conmemorar el próximo cuarto aniversario de su fallecimiento ocurrido el 3 de junio de 2010. ¡Descanse en paz, el Gordo Insurgente!

se encontraba refugiado en esta ciudad. Maqueo Castellanos utilizó el seudónimo de Un Doctor en Vacaciones en esta novela fantástica. En el prólogo de Friol se hace un lúcido análisis textual y contextual de la obra. El texto de Roberto refleja algunos interesantes aspectos de los contactos entre Cuba y México, en particular la presencia de un núcleo de intelectuales mexicanos emigrados en Cuba como resultado del proceso revolucionario mexicana iniciado en 1910. Por nuestra parte, observamos que Cuba devino segunda plaza americana (lógicamente, después de los Estados Unidos de América) en albergar a refugiados mexicanos provenientes fundamentalmente de la intelectualidad y de otros sectores medios y altos. Un grupo de exiliados mexicanos fundó en La Habana en el año de 1917 la revista *La América Española*, de tendencia porfirista y antinorteamericana. Al respecto, véase de Luis Ángel Argüelles Espinosa. Los refugiados mexicanos en Cuba (1910-1927). En línea. Disponible en: <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/3091/1/198970P117.pdf>